

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

EL SISTEMA

DEL DOCTOR GALL.

CUENTO.

I.

En uno de los hermosos valles de Asturias, en que la naturaleza parece haber desplegado toda su magestad y sus encantos, está situada una pequeña aldea á los pies de una elevada montaña, en cuya cresta hay un viejo castillo, resto vergonzoso de la tiránica dominacion feudal. Un humilde rio fecundiza aquel pais delicioso, y hace brotar por todas partes frutos y flores que perfuman un ambiente puro y ligero, y atraviesa el valle, en medio del cual, y á corta distancia de la poblacion, hay dos figuras colosales de piedra, que á cualquiera parecerian de noche un hombre de pie con los brazos sobre el pecho, y una mujer sentada junto á él. Es en extremo difícil decidir como la naturaleza ha podido trabajar aquellas dos masas informes, y de todo punto imposible marcar esactamente los infinitos años con que el arroyo (al que nos parece deben su orijen) habrá podido tallar aquella piedra y separarla de la montaña que domina á la aldea; pero sea de ello lo que se fuere, el caso que vamos á referir á nuestros lectores nada tiene que ver con la piedra, ni con lo pintoresco del valle, cuya lijera descripcion hemos hecho solo por haber habitado y muerto en él nuestro protagonista.

Erase un hombre de ochenta y dos años de edad, alto, enjuto, que habia entrado de cadete el año de 1793, y el 34 se habia retirado con una charretera á la izquierda. En medio de las continuas intrigas y adulaciones con que habia podido conseguir sus rápidos ascensos, no habia dejado sin embargo de cultivar sus facultades intelectuales, que corrian

parejas con sus adelantos en la milicia. Para consagrarse profundamente al estudio de las ciencias, al que por desgracia era tan apasionado, elijió por morada el sitio de que hemos hecho mencion, y en sus trasportes de júbilo exclamaba, porque tambien entendia algo de achaque de soliloquios; ¡Lugar de bendicion! ¡Naturaleza hermosa! ¡qué manantial tan fecundo de meditaciones eres para el filósofo! El alma al contemplarte se eleva como..... su escasa y prosáica mente no le ofrecia ningun punto de comparacion, y el hombre sudaba la gota tan gorda, y las pocas ideas que tenia en su caletre como tan holgadas y sueltas, y tan vivamente escitadas, le golpeaban, permitasenos esta frase, las paredes del cerebro. En aquella lucha horrible de su amor propio con su nulidad quedó por fin vencido, y su boca pronunció maquinalmente una de las pocas ideas que habia en su cabeza: descansen sobre las armas, y entonces mirando en torno de sí, se halló como el primer hombre, desnudo (es decir, mal vestido) y sin una compañera; la última necesidad no hubiera sido difícil satisfacerla, pero la primera presentaba algunos mas obstáculos, y ademas su instinto le hacia barruntar un próximo atraso de pagas, por lo que se decidió á buscarse una mujer acomodada, ya que no podia sacarla de una de sus costillas.

El oficial conocia perfectamente todo lo desventajoso de su posicion para nuevos amores, pero recordando los antiguos, y sabiendo por esperiencia que una charretera es un precioso talisman para las muchachas, y que á pesar de que en sus hombros no debia sentar muy bien, ellas no se paran en quien la lleva y creen que es oro todo lo que reluce, se decidió á ponerse de gala, y á echarse á rondar por aquel pueblo de Dios á toda mozueta, ó viuda sin hijos que pudiese haber á las manos, y no le salió del todo mal su estratajema, pues á pesar de sus ochenta y dos del pico, y su mala catadura, encontró una viuda, que si no de mejor talante que el de él, al menos tenia algunas medallas de Carlos III, que no habian visto el sol

en muchos años. Se amaron, y por no meterme en hon-
duras, solo diré que la Iglesia legitimó su pasión.

II.

Ya! tenemos á nuestro veterano dedicado esclusi-
vamente al estudio, y leyendo cuantos papeles, de
cualquier género que fuesen, podia cojer. Un dia, no
sé por qué medios, se hizo con un periódico de pó-
lítica, cuyo folletin contenia algunos experimentos del
galvanismo, que le dejaron asombrado, y desde aquel
momento, todas sus indagaciones, todos sus cálculos,
todos sus estudios se dirijian á columbrar algo de lo
que tanto le habia sorprendido; y se perdía inútil-
mente en conjeturas con el cirujano, quien á pesar
de no tener mas noticias de aquel fenómeno que las
que en el periódico le habia leído D. Hermójenes
(este era el nombre del oficial) aseguraba que era
lo mas sencillo del mundo aplicar el aparato galvá-
nico, y hacer resucitar á un muerto, con tal (como
decia aquel Galeno) de que no estuviese completa-
mente muerto; estas pláticas y otras sacaban de qui-
cio la corta razon de D. Hermójenes, que ya en se-
creto deseaba que su mujer muriese para hacerla re-
sucitar, y á tanto llegó su locura, que un dia la
propuso ahogarla para tener el gusto de devolverla
luego la vida.

Fácil es conocer el agrado con que sería reci-
bida aquella proposicion por su cara mitad, y mas
fácil si se añade á esto un si es no es de repug-
nancia que la causaba ya un marido, cuyo prisma,
es decir, cuya charretera habia desaparecido con el
tiempo: pero afortunadamente para ella el viejo es-
tudioso recibió un trimestre de Semanarios pintores-
cos, y en uno de sus números vió con asombro la es-
pificacion del Sistema del Doctor Gall, de que ya te-
nia algunas noticias. Aquel inesperado encuentro fi-
jó toda su atencion, y desde entonces su única ocu-
pacion era llevar perpetuamente el dichoso número
debajo del brazo, y tentar la cabeza de cuantos en-
contraba por las calles. Y era de ver, por vida mia,
á un hombre de su edad desalentado y corriendo
por aquel pueblo de Dios, buscando jente que se so-
metiese á un exámen detenido para confrontar las
protuberancias de sus cráneos con los numeritos y
rayas, que tan detenidamente habia estudiado.

Se hallaba á la sazón en su casa un primo de su
mujer, quien no pudiendo resistirse á las continuas
instancias de su huesped, dejó con paciencia evanjé-
lica que este le manosease á su sabor la cabeza,
quien halló por resultado de sus investigaciones, que
aquel pobre hombre tenia muy desarrollado el ór-
gano musical; (el infeliz no habia podido aprender
á tararear unas malas seguidillas en mas de seis me-
ses) y siguiendo el enmarañado hilo de sus observa-
ciones sobre el cráneo del paciente, acabó por afirmar
que jamás cabeza humana habia sido mas perfecta,
que en ella estaban completamente desarrollados los
órganos de la prevision, del talento, de la benevo-
lencia, y finalmente de todas las buenas cualidades,
que es tan raro encontrar reunidas en una persona
sola.

Soy completamente feliz, esclamaba en sus tras-

portes de alegría. Si; ya tendré un discípulo que
me honre, mi nombre pasará á la posteridad, y....
ya puedo poner en planta mi proyecto. Mira, Blas,
así se llamaba el primo de su mujer, querido Blas,
tu eres un prodijio de la naturaleza, tu ignoras aun
lo que vales, pero pronto, muy pronto serás el pri-
mer hombre del mundo, despues de que me hayas
hecho resucitar.—Callen! respondió el asombrado pa-
leto, pues se ha muerto su merced acaso?—No, aun
no, pero dentro de dos horas ya no existiré.—Dios
mio! un señor tan bueno! Y el infeliz lloraba á lá-
grima viva.—No te aflijas, hombre, que aunque yo
muera, no moriré sin embargo.—Ah! pues enton-
ces.... dijo Blas algun tanto consolado con estas pa-
labras.—Acabo de recibir un magnifico aparato gal-
vánico, y voy á enseñarte como se ha de hacer su
aplicacion; despues que lo hayas aprendido, en lo
que no tardarás un cuarto de hora, segun el talen-
to prodijioso que he notado en tí, tomaré yo unos
povos, los cuales me harán morir para que tú me re-
sucites, y así que este suceso llegue á saberse, nos
colmarán los soberanos y los grandes señores de ho-
nores y riquezas.—Pues si es como me dice su mer-
ced, enséñeme pronto á resucitar; que aqui para mis
adentros pienso que muy provechoso sería á todos
saberlo hacer: con que al avio, tome su merced los
povos, y ojalá se muera en menos tiempo que lo
estoy diciendo.—Voy á darte gusto al momento.

Con efecto D. Hermójenes se llevó á su disci-
pulo á otro cuarto, donde no sabemos lo que suce-
dería, pero juzgando piadosamente creemos que le
haria u a larga esplicacion á su modo del revoltillo
de ideas, que en su cabeza tenia. Al cabo de una
hora sacaron del misterioso cuarto un ataud, en el
cual se colocó lo mas cómodamente que pudo el ve-
terano, diciendo que pronto moriria, puesto que ya
habia tomado el funesto papel de arsénico. Déjame
morir con descanso Blas, retírate, y hazme resucitar
dentro de veinte y cuatro horas. A Dios, solo te en-
cargo que no te equivoques en la operacion, y me
quede muerto de veras, y para siempre.

Blas se retiró con curiosidad de saber en lo que
pararian todas aquellas cosas.

(Se concluirá.)

EL INFIERNO.

Á D. RAFAEL GARCIA ANTON DE LOVERA,
á quien la dedico, quiera ó no quiera.

Era una noche de pavor cubierta,
noche terrible cual tu pecho helada,
tétrica noche de pesar nutrida,
noche maldita de dolor y aciaga.

Prófugo, errante, despechado, inquieto,
vagaba sin cesar por las montañas,
huyendo de este amor que es imposible
y que lacera sin piedad el alma.

Huyendo de tu lado iba perdido,
con el pecho oprimido en duras ansias,
no te olvidarte no pude, que una fuerza
y poderosa, invencible, me arrastraba.
Y al par que mi teson crecía el suyo
y era tan grande su atractiva magia,
que sucumbía, sin luchar, exánime,
y te adoraba con mayor constancia.

Allí en mi soledad verte creía
tan seductora y con belleza tanta,
que ciego te adoraba en mi delirio
postrándome de hinojos á tus plantas.
Allí como á una Diosa, reverente,
inmensa adoracion te tributara;
pero una realidad de mi creencia
me dió á probar la hiel por mi desgracia.

Te alejaste de mi sin escucharme
volviendo esquiva tu nevada espalda,
tratando con desprecio mis afanes,
y entonces ví el error en que me hallaba.

Te ví ingrata y cruel, no lo creyera,
henchida con tu orgullo y arrogancia
despreciando á los míseros reptiles
que á veces hieren y en silencio matan.

Mas yo te amaba con delirio insano,
y el alma inerme sucumbía esclava,
y el feroz desamor tuyo, querida,
mayor vigor y fuerza dió á mi llama.

Sin consuelo allí al fin con tus rigores,
de mi dicha perdiendo la esperanza,
al infierno llamé con voz de trueno
y sus puertas abrió luego á mi instancia.

Horrible sima ante mi vista abierta
por fin se presentó; la sangre helada
en mis venas quedó, y mi boca trémula
un grito de terror lanzó al mirarla.

Acertado me paré: cobrando al cabo
valor para seguir, llego á su estancia
y á los bordes me hallé, medí su abismo,
y de horror me cubrió su vista aciaga.

Luchando y reluchando le creía
muy bello comparándole á tu infamia;
que si horror me inspiraba el precipicio,
mi pecho tu de-dén mas le desgarraba.

Todo un volcan en mi interior tenia,
el fuego del infierno era una lava,
y osado me arrojé en él penetrando
por su escabrosa y colosal garganta.

A su fondo bajé; mil esqueletos
salieron á mi vista cual fantasmas
tendiéndome sus manos ateridas
y pinchando mi cuerpo con sus garras.

Allí mil sombras en redor vagando
y mil cráneos rodando, sus quijadas
chocando, ensangretados con fiereza,
miedo, espanto y asombro derramaban.

Y legiones de furias infernales
mi cuerpo destruían con tenazas,
y con ascuas ardiendo me cubrían,
y mis brazos y pies descoyuntaban.

Y todo era sufrir, todo tormento,
sin que á nadie mi suerte le apiadara:
á cada; ay! que exhalaba en mi quebranto

sus tormentos infernos redoblaban.
Ya no pude luchar con mi tortura,
que era cierto el dolor, mi pena estraña,
y dable no me fué sufrir mas tiempo....
y al gritar otra vez todo cesára.

Pesadilla cruel! aun se me agita
el pecho de terror al recordarla,
y el miedo se apodera tenebroso
del alma que lo sufre resignada.

Ese infierno acabó; fué un sueño todo,
sueño que ahora en realidad me pasa,
que si fué pesadilla aquel infierno,
despierto como estoy, otro me aguarda.

Este infierno que miro y me rodea
escede á aquel infierno sin falacia,
pues aquel como sueño ha transcurrido,
mas este como cierto no se acaba.

Es mi pasion la ceguedad funesta
que al negro abismo, sin querer, me arrastra:
los celos mi locura que con ella
me arrojan con furor en su morada.

Tu esquividad el infierno que me acosa
robándome quietud, bien y esperanza;
y este infierno es atroz, aun mas horrible
que el otro que en mis sueños me forjaba.

Y mientras duren del amor los celos,
mientras escuches mi clamor, tirana,
te podras figurar lo que padezco
abrigando este infierno que me abraza.

MOTEZUMA.

EN UN ALBUM.

Fácil me fuera con mi triste lira
cantar tus gracias ó cantar mi amor,
que la hermosura y el amor inspira
la mente del sentido trovador.

Fácil llamarte la encantada rosa,
gloria del suelo fértil Andaluz,
y que tus ojos con su luz hermosa
prestan á el cielo su brillante luz.

Y comparar tambien con tu mejilla
de la aurora el divino rosicler,
y llamarte la reina de Sevilla,
y ensalzar de tus gracias el poder.

Mas tengo un pensamiento que domina,
que hace latir el triste corazon,
pensamiento traidor que me fascina
destruyendo mi ardiente inspiracion.

Tal vez un dia mirarás mi nombre,
y á el encontrarlo para mí tendrás
solo el recuerdo de que existe un hombre,
solo un recuerdo... para mí no hay mas.

Que envidiados felices trovadores
tendrán la dicha de gozar tu amor,
y do ellos hallan aromosas flores
espinas solo encontraré en mi ardor.

Vivan dichosas los de tanta gloria:
y sean los versos que grabé en mi afán
una página mas para la historia,
donde tus gracias esculpidas van.

I. GARCIA A. DE LOVERA.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UN COMICO.

Ya que me ha dado la maldita idea de escribir artículos de costumbres, no crean mis lectores que voy á hablar de ningun cómico particular, por mas que las propiedades *sine qua non* que mas adelante apuntaré retraten á alguno que conozca; ni menos que es mi intencion hablar de los cómicos buenos (á los cuales puede que toque otro dia su San Martin), pues todos saben que los artículos de esta especie se fundan en generalidades; y por cierto en verdad que los cómicos buenos son excepciones de la regla comun. Voy á hablar, pues, amorosísimo y diletto lector, del cómico que no es cómico; esto es, de todos los cómicos.

Imaginaos un chico que mal aprendió en la escuela á leer y á escribir, y que su padre, zapatero de profesion, pero honrado; esto es, una virtud zapatera, tuvo empeño en que el muchacho no dejase de tener estos conocimientos preliminares, siquiera para que le llevase la cuenta de lo gastado en suelas, cordoban y becerro, y el libro corriente de deudas á favor del establecimiento, mientras que aprendia á hacer costuras, echar remontas y cortar babuchas. El tierno padre habia medrado en su distinguida profesion, haciendo un maestro de provecho, vulgo artista de obra prima; y asi queriendo perpetuar en la casa el blason de la zapateria, se hallaba empeñado en que el chico siguiese esta carrera. El hijo, por su parte, no se sentia mas inclinado á seguir los consejos de su padre que á entrar de fraile en un convento; pero convencido por las suavísimas razones con que á su padre se le antojaba á veces insinuarse en el ánimo del jóven con una docena de cariños de tirapiés, se iba resignando al paternal empeño; con tanta mas razon, cuanto que se habia persuadido de que nadie conoceria su interés mejor que su buen progenitor, y por aquello de que cuando el cura lo dice estudiado lo tiene. Los domingos, sin embargo, cuando salia á paseo con los oficiales con su chaqueta blanca, su sombrerito de alcuza y su chibata en la mano, mientras que á otros se les antojaba ir á pasar la tarde á la loteria de cartones, ó á los caballos movibles de madera, él, que habia picado mas alto, se encaramaba en una gradilla de Misericordia para recrearse con la brillante representacion del Moro Tarfe, la Quinta de Paluzi ó los asesinios de la Calabria. Estas periódicas recreaciones formaban el gusto de nuestro privilegiado jóven; el cual como se hallase suficientemente instruido en las cualidades de un aficionado al verso (palabra técni-

ca) pues sabia, como hemos dicho, leer, escribir, y hacer zapatos, y tenia ademas un pulmon regular, cinco pies y seis pulgadas de estatura, y un si es no es de gallarda fisonomía, juntó una compañía entre varios amigos para hacer varias comedias, y sobre todo dramas románticos, que era su fuerte. Perico el barbero, Blas el hijo del cocinero, Ignacio aprendiz de botinero, Mateo el cajista, y por último Llocencio, el ayudante de escuela, eran los primeros actores de cada carácter; mi hombre ya se deja entender que no sería de los últimos, como quiera que habia sido el inventor de la compañía. Faltábales una dama por lo menos, como quiera que los autores dramáticos no han dado todavia en la flor de hacer comedias sin mugeres, si se exceptua la nunca bien ponderada tragi-rapsodia de la Virtud triunfante, y alguna otra; y en este apuro, Juanito (que es el nombre de nuestro amable protagonista) halló fácil remedio. Era Rosita una ribeteadora marisabidilla de su casa, que habia tenido la suerte la primera de inspirar á este nuevo Talma las teorías del amor, inculcándole unas ideas tan, tan, tan.... como diré yo? tan extravagantes sobre este punto, que unas veces era Oscar, otras Otelo, otras el Bruto de Babilonia; ella, que tenia una mirada altiva, pero tan estudiada y cargante que podia muy bien distinguirse aun al través de un tupidísimo velo, un suspirar violento y hondo, la penetrante actitud de estender toda la mano debajo del pecho izquierdo, y una marcha gravemente visible y compuesta: ella era la Raquel de aquella nueva reunion de artistas célebres. Era llegado el crítico momento de escoger pieza; valié- rales mas á fé haber cogido el arado, que no es chica pieza tambien, y oportuna para ellos; ¿pero quien domina una voluntad firme y constante? ¿quien es capaz de desviar de la senda de la gloria y de la inmortalidad á un jóven que dice, enarcando el cuello, ahuecando la voz y formando con los pies un angulo obtuso, junto con la favorita idea de la manita derecha sobre el pecho, y lanzando en derredor miradas de fuego «quiero ser comico?» Eso seria poner una pica en Flandes.

(Se continuará.)

CHARADA.

Mi primera con la quinta
en los viejos lo verás;
y la segunda con ésta
en el agua encontrarás.
La tercia con la primera
indican cierto defecto
que la muger que lo tiene,
nunca vive con contento.
La primera con la cuarta
se toma por diversion,
ya uno solo, ó ya en union,
de su compañera Marta.
Y es mi todo un apellido
español, si bien no es
de todos muy conocido.

ANTONIO MARIA LOPEZ Y RAMAJO.